

PERSISTENCIA Y AUGE DE LA HOSTERÍA QUE FUNDÓ UN RIOJANO

Hace tres siglos y pico, un riojano trotamundos y andariego, a lo que parece, recaló en el Madrid de los Austrias; su nombre se ha desvanecido al correr de los tiempos, pero acaso en la casa de más humilde apariencia de la modestísima plaza de Herradores, en la señalada con el número 7, quedó y está cobijada la industria que fundó exactamente en 1620.

Hostería Española llamó, al establecimiento que abrió para reponer las fuerzas de los que en él entraran, con platos exquisitos, de nombres castizamente españoles, bien regados con los vinos de su tierra; y con buena mano se dió en ello, que grupos de soldados de Flandés, de pretendientes en Corte y litigantes en Tribunales, de hampones de toda laya y artistas de todo género, ocupaban sillas y rodeaban mesas, mientras desocupaban platos y trasegaban jarros.

Entretanto, arrimados a los rincones, esperaban el fin del banquete finas espadas de anchas cazoletas y rectos gavilanes; y sobre tal cual silla yacían desmayadas, capas que habían sido abatidas por el tenue peso de sombreros de ancha ala y rizada y altiva pluma.

Y tanta fama alcanzó la *Hostería Española*, que se asegura que más de una vez dió fin en ella don Francisco de Quevedo a una pierna de cabrito bien asado y dorado en el horno de la casa, o a un tostón de los que, pese a haber muerto sin decir ni pío, salían del mismo sitio gritando: ¡comedme!, o a una perdiz presentada en cazuela de barro, en amigable compañía de salsa de ajos, cebollas y otras hortalizas, que convierten el agua insípida en sabroso líquido, y todo remojado con aloque riojano servido en verdoso pichel.

A ella acudían el conde de Villamediana, el corcovado Alarcón y tantos otros escritores, que es posible idearan los asuntos de sus obras, tras las copiosas comidas y abundantes libaciones intermedias que allí les servían.

Después de medio siglo largo de fama creciente, justamente en 1690, dejó el establecimiento de ser regido por la dinastía del fundador, para pasar mediante prosaico traspaso a manos de José Puertas, a quien apodaban «Botín»; y tan buena maña se dieron él y sus descendientes para gobernar la hostería, que

tomó por nombre el apodo del dueño, y ni un ápice descendió del alto sitio en que la hallaron.

Y no sólo siguieron acudiendo los más conspicuos personajes de la villa y corte, sino que hasta se vió honrada, albergando según parece, al propio Fernando VII, que en la amable compañía de Chamorro, Pepa la Naranjera y otras personas de la misma primera alcurnia, allí celebraban comidas íntimas.

En un milagro de persistencia en la cumbre de la fama, allí acudían para celebrar alegres juergas, toreros del tronío de Curro Cúchares, el Tato y Frascuelo. Y allí iban a comer, don Emilio Castelar, el duque de Tamames, el marqués de Campo Sagrado, don José Alvareda, don Mariano de Cavia, don Eduardo de Palacio, el marqués de Valdeiglesias, y tantos, y tantos otros ilustres hombres que sabían apreciar en lo que valían los guisados de la hostería de «Botín».

En la misma casa y plazuela en que fué instalada por el riojano, sigue sin más variaciones que las estrictamente indispensables, la famosa e histórica hostería; al entrar hoy en ella, con un poco de fantasía, se cree uno transportado al siglo XVII.

F. FZ. DE BOBADILLA